

NOTAS

LOS ESTUDIOS HISTORICOS DE JORGE GUILLERMO LEGUIA*

Celebramos la decisión de la Asociación Cultural Integración de iniciar la Biblioteca Integración, con los volúmenes de los *Estudios históricos* de Jorge Guillermo Leguía y más aun, el apoyo otorgado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Concytec) para la reciente edición.

La obra del prematuramente desaparecido historiador peruano (1898-1934), abundante y valiosa, es sin embargo, actualmente poco conocida. En vida, Leguía publicó varios de sus trabajos, mas no aquellos reunidos en esta edición, que fueron en su mayoría publicados luego de su muerte, debido al esfuerzo de compilación de Emilia Romero; quien sería asimismo la autora de la bio-bibliografía de Leguía, aparecida en el número 3 del *Boletín Bibliográfico de San Marcos* de octubre de 1940. Así, *Historia y biografía*, el primer volumen, apareció en 1936, *Estudios históricos* en 1939 y finalmente, *Hombres e ideas en el Perú* en 1941. Todos ellos publicados en Chile y dada la lejanía de las fechas, hasta hace poco, no muy accesibles para la consulta. De allí el valor de esta edición.

En su ensayo sobre Ricardo Palma, incluido en el tercer volumen, Leguía en cierto modo define la esencia de sus estudios, materia del presente comentario. Según él, era preciso hallar el sentido de la historia en el "símbolo de

* LEGUIA Jorge Guillermo. *Estudios históricos*. Lima: Asociación Cultural Integración, 1989. 3 Vols.

la época”, por cuanto el primero es susceptible de agotamiento, al no poder abarcar todos los fenómenos y transformaciones sociales de un determinado momento (p. 118). No porque sea discutible tal afirmación, podemos negar que los estudios de tipo biográfico de Leguía, fueron un exitoso intento por compenetrarse con toda una época a través de un personaje. Esto nos queda claro, luego de la entretenida lectura de los mencionados trabajos.

Si bien la mayoría de estudios reunidos en esta edición son ensayos biográficos, otros son discursos y trabajos cercanos a la historia social, aun cuando el autor apela constantemente al símbolo de la época, encarnado en la figura del prócer, el ideólogo o del gobernante. Incluso, el ensayo sobre Lima, presenta la característica de enfrentar al lector, más que con la vida de una ciudad, con la de un personaje. Baste esta breve presentación para pasar al comentario de los distintos trabajos.

Historia y biografía, el primer volumen, contiene dos valiosos ensayos, que aunque no necesariamente tratan el mismo tema y época, son complementarios. Nos referimos al ya mencionado estudio sobre la ciudad de Lima y al esbozo sobre la guerra de independencia americana. Es, en nuestra opinión, difícilmente superable la descripción de Lima del siglo XVIII, hecha por Jorge Guillermo Leguía, no sólo por la elegancia de la misma, sino por el análisis de la mentalidad de la élite limeña a fines del periodo colonial. La visión de Lima y época, a través de un imaginario criollo ilustrado —figura propuesta por el autor— bien podría haber sido la visión que tuvieron un Vidaurre o un Riva Agüero, por ejemplo. Comprende también este trabajo, la historia de nuestra ciudad desde su fundación hasta principios del presente siglo.

Más cercano a los estudios actuales, es el esbozo sobre las simientes de la guerra de independencia. Aquí, el autor propone una cronología del fenómeno y analiza las causas del mismo, especialmente lo que denomina la reacción patriótica. Divide la evolución del periodo de emancipación en tres momentos: la sublevación (1809-1810), la sofocación (1814-1816) y la etapa de la autonomía (1817-1824), viendo al conjunto de América hispana y enfatizando el efecto de los sucesos políticos ocurridos en Europa y América del norte. Es decir, la caída de Fernando VII y su posterior restauración, el apoyo dado por las cancillerías inglesa y norteamericana a los movimientos de independencia, la corriente liberal española y la aparición de la doctrina Monroe. Matiza todo esto con las luchas intestinas entre los patriotas y la progresiva aceptación por parte del pueblo, del mensaje de la independencia. De esta manera nos ofrece un muy completo “esbozo”, donde destaca el

análisis psicológico a la actitud de los líderes y el pueblo en general, propio del “ambiente heroico” de la época, (p. 69). Lo psicológico tendrá especial importancia para Leguía como veremos después.

Otro valioso estudio, con el que se inician propiamente los ensayos biográficos en este volumen, es el que Leguía dedica a Toribio Rodríguez de Mendoza. Aquí, no sólo trata la vida del ilustre chachapoyano, sino que nos brinda una visión del período colonial a través de lo que significó el Real Convictorio de San Carlos y la introducción del pensamiento ilustrado en Lima. Esto último, mérito en parte del padre Diego Cisneros, con quien Rodríguez de Mendoza mantuviera estrecha relación intelectual y más aún del mismo Rodríguez. Bien dice Leguía, que el precursor fue, más que un reformador, un educador y por ello un “emancipador de cerebros” (p. 148). De allí que un buen número de los integrantes del congreso constituyente de 1822, fueran carolinos. Todos influidos por la prédica ilustrada de su antiguo maestro y en ese momento, presidente del congreso.

Otro innovador de la enseñanza superior, fue el obispo Chávez de la Rosa, quien llevara a cabo una reforma educativa en el seminario de San Jerónimo de Arequipa. Reforma que presentaba a semejanza de aquella introducida en San Carlos, una marcada influencia ilustrada, manifiesta en el estudio de las ciencias naturales y el derecho. Como señala el autor, San Jerónimo despertó con la enseñanza a toda una generación arequipeña. Generación de la que formaron parte nada menos que Luna Pizarro, González Vigil, Mariano Melgar, Andrés Martínez y los hermanos Paz Soldán: Mateo, José Gregorio y Mariano Felipe. Es clara la semejanza entre San Carlos y San Jerónimo como centros educativos de tendencia liberal y vocación científica. También es importante que el autor destacara la figura del obispo arequipeño en un merecido paralelo con el rector carolino. Vemos pues, que la intención de Leguía en ambos casos es, por medio de una figura principal, enfrentar al lector con la historia de dos de las más importantes institución de la vida intelectual del virreinato peruano, así como con la historia de las ideas políticas que determinaron las primeras décadas de la república.

Dos hombres del período de “transición”, interesan también en *Historia y biografía*. Estos son Hipólito Unánue y Manuel Lorenzo de Vidaurre. Leguía entendió por transición, los años que van de las postrimerías del régimen colonial a los primeros lustros de la vida republicana. Epoca determinada por la polémica entre monarquistas y republicanos y liberales y conservadores. Por ello, esta época ofrece tantos contrastes, de los que Unánue y Vidaurre son

claros representantes. Es Vidaurre quien recibe mayor atención por parte del autor, quien ciertamente dedicó años enteros a la investigación sobre la vida del antiguo oidor y después decidido liberal. Vidaurre, aristócrata empobrecido y ex-carolino, anduvo a caballo —en opinión de Leguía— entre su formación colonial y la sugestión enciclopedista, con alguna influencia de sus lecturas inglesas y las instituciones norteamericanas. Prevalció sin embargo, su leal monarquismo, cuando desempeñó el cargo de oidor de la Audiencia del Cuzco. Tardío, pero sincero partidario de la causa patriota, Vidaurre se convirtió en uno de los más ardientes liberales, oponiéndose a la constitución bolivariana y destacando por su anticlericalismo, del cual tiempo después renegaría. Su figuración en el ambiente político de los primeros años de la república, tuvo mucha relación —según el autor— con la “agitación espiritual” que lo caracterizaba (p. 184). Rasgo que determinó igualmente su “grafomanía”, que originó una obra muchas veces contradictoria y exagerada. Para Leguía, el estudio de lo psicológico era determinante al analizar un personaje como Vidaurre y su época.

Mucho más moderado, nos presenta el autor a Hipólito Unánue, quien igualmente refleja con su vida y obra, la transición. Figura sobresaliente de la vida intelectual colonial, Unánue fue un ilustrado y un humanista por su labor decisiva en la Sociedad de Amantes del País y el *Mercurio Peruano*, además de ser el renovador de los estudios de medicina en el país, como catedrático de anatomía de San Marcos. Unánue, fue para Leguía, a semejanza de Rodríguez de Mendoza, un “sembrador de ideas”; pero en el colegio de San Fernando (p. 173). Sin embargo, el sabio tarapaqueño fue, luego del advenimiento de la independencia y durante el período de gobierno de San Martín, un convencido monarquista, lo cual lo revela ciertamente como representativo de la transición.

Dos figuras notables de nuestro primer liberalismo fueron Luna Pizarro y Francisco Javier Mariátegui. Para Leguía, ambos constituyeron la esencia de esta tendencia en la temprana república, aun cuando por su larga vida, Mariátegui llegara casi a finales del siglo pasado. Sobre Luna Pizarro, Leguía no tuvo una opinión mayormente positiva. Reconoció el valor de su fervor republicano pero señaló también que fue el afán de gobierno y figuración del famoso clérigo, a lo que se debió en parte la inestabilidad política entre el gobierno de San Martín y el de Bolívar, extendida a los siguientes. Según el autor, Luna Pizarro fue siempre afecto a apoyar gobiernos débiles —la junta gubernativa de 1823— compatibles con su personalidad, ávida de dominio sobre los poderosos (p. 149). Una suerte de poder tras del trono. Muy gráfica

a este respecto, es la cita que hace Leguía del propio Santa Cruz: "*Luna Pizarro sólo quiere pupilos*" (p. 149).

Mariátegui, aunque también opuesto al régimen bolivariano como el anterior, se encuentra más cercano a Vidaurre en cuanto a su práctica liberal. En todo caso, Leguía, encuentra menos desestabilizador el liberalismo que aquel profesó. Como buen discípulo de Rodríguez de Mendoza, Mariátegui fue un "intransigente regalista" y tenaz defensor de la libertad de culto. No tan polémico como Vidaurre, Mariátegui contribuyó a difundir las ideas liberales por medio de la labor periodística de la primera mitad del siglo XIX.

El segundo volumen de la serie, *Estudios históricos*, que lleva el mismo título se ocupa de los personajes que tomaron parte en la polémica doctrinaria de mediados del siglo pasado. Son aquí destacables, el estudio sobre la influencia de las ideas de 1848 en el Perú y el ensayo dedicado a Bartolomé Herrera y, en éste, al importante rol que cumpliría el Convictorio de San Carlos, en la vida republicana. Se inicia el volumen, con los ensayos dedicados a dos connotados liberales: Benito Laso y Francisco de Paula González Vigil.

Unidos Vigil y Laso, en su afán por una reforma eclesiástica —léase libertad de culto— se diferenciaron en su posición respecto del tipo de gobierno que llevaría a cabo tal reforma. Para Leguía, Laso era liberal en materia religiosa, pero autoritario en cuanto a política, de allí que apoyara incondicionalmente Bolívar. El autor parece sugerir que Laso, veía en el fortalecimiento del poder ejecutivo, una solución al caos político. Laso siempre fue consciente que Ayacucho no había significado el fin, sino más bien el principio de una nueva etapa, cuya existencia era aún dudosa. Lo cual era, para Leguía, signo de su lucidez política. No obstante, Laso iniciará en 1846, desde las páginas del "Correo Peruano", la famosa polémica con Herrera sobre la soberanía de la inteligencia. Herrera proponía gobiernos de genuina orientación aristocrática y respetuosos del orden constitucional, precisamente por ser también consciente de la debilidad del orden republicano. Aunque apoyara como Laso, un régimen autoritario.

Alejado de Laso en este punto, se nos presenta a González Vigil. El anti-gamarrismo de Vigil, era en realidad un rotundo rechazo a la infracción constitucional. Luego de una exitosa trayectoria como maestro, Vigil incurrió en política y en opinión de Leguía, el anticlericalismo del sacerdote tacneño —de quien dice no tuvo una auténtica vocación religiosa— es comprensible en el contexto de la recepción del pensamiento liberal europeo

en América Latina. No en vano, piensa Leguía, el ataque de Vigil hacia la autoridad del Vaticano coincidió con el auge liberal anti-papal en Italia. Nos brinda también una imagen distinta de Vigil, llena de gran misticismo y religiosidad: la del anciano pobre y enfermo, que ser al mismo tiempo el apoyo de los mendigos de la plaza de la Inquisición. Por otro lado, vemos como un aporte muy importante, en los estudios sobre Laso y Vigil, la elaboración de las bibliografías críticas que siguen a ambos trabajos. Invalorable pista para los investigadores de la historia de las ideas políticas.

Representando al pensamiento conservador, tenemos a Bartolomé Herrera, a quien Leguía dedica notables páginas. Herrera para Leguía, fue mucho más que un digno oponente del pensamiento liberal, fue un “preclaro organizador de las fuerzas educacionales, políticas y eclesiásticas del Perú” (p. 97). Es a lo que el autor denomina la “pasión patriótica” de Herrera, a lo que se debe su propuesta política y la reforma que llevara a cabo en el Convictorio de San Carlos, luego de 1842, en que asumiera el rectorado de dicha institución.

Luego de dos décadas de gobierno autónomo, Herrera denunció la pérdida que para el país, habían significado los años de luchas intestinas y de consiguiente anarquía. Era necesario por ello, instaurar la verdadera autoridad, que conduciría a la práctica de la obediencia. Mas en opinión de Herrera, no cualquiera sería apto para el ejercicio del gobierno. Este sólo podría ser encargado a los más capaces, aquellos poseedores de formación intelectual y moral. Había sido formulada la soberanía de la inteligencia, que reemplazará según Leguía, al concepto russonianiano de la soberanía popular. Pero, como bien señala el autor, la soberanía de la inteligencia no significaba la exclusión de las clases populares. Herrera quería contribuir a la formación de una legítima clase dirigente y por ello no limitó la enseñanza en San Carlos a un grupo social, sino que dotó con becas de estudios a jóvenes de los sectores económicamente menos favorecidos.

Para Leguía, la propuesta de Bartolomé Herrera tampoco puede ser entendida a cabalidad, aislándola del contexto mundial. El famoso ideólogo y educador, representó en nuestra patria, a la Restauración, que pretendía frenar el “desborde popular mediante la jerarquía” (p. 91). Es probable que Herrera, tuviera conocimiento del curso de la contrarrevolución en Europa, como lo estuvo del avance intelectual en derecho y filosofía, introduciendo en el país doctrinas bastante nuevas incluso en muchos países del Viejo Continente. Sin embargo, no pareciera haber tenido tanta influencia tal movimiento político

en su pensamiento, como sí las revoluciones de 1830 y 1848 en la ideología liberal americana. En este sentido, aparece más auténtica y original la propuesta de la soberanía de la inteligencia de Herrera. Desde las páginas de *El Comercio*, éste defendería su posición contra sus oponentes liberales, principalmente Benito Laso. Mérito de Herrera fue, según Leguía, el despertar del liberalismo. Así, se opusieron dos sistemas y no dos simples posiciones. Además Herrera contribuyó a formar en San Carlos a la nueva generación liberal: Pedro y José Galvez, entre otros.

El aporte liberal es analizado en detalle en “Las ideas de 1848 en el Perú”. Aquí ve el autor como el liberalismo constituyó un progreso para las instituciones en América. Lerdo y Juárez en México y los hermanos Gálvez en el Perú, serían algunos de los representantes de la práctica liberal en el gobierno. El programa social liberal proponía el restablecimiento de las municipalidades, el voto universal y directo, el rol de oposición para el parlamento, apoyo a las nacientes agrupaciones de artesanos, la libertad de culto y la manumisión del esclavo. En nuestro país, concretamente, se consiguió la abolición del tributo indígena y la esclavitud. En lo relativo a la cultura, surgieron nuevos periódicos y del impacto romántico nació “La Bohemia”, que tendría en Ricardo Palma a su mejor representante.

Especial énfasis pone Leguía en la figura de José Gálvez, al que dedica uno de los estudios más extensos y completos. Miembro de una familia patriota de Cajamarca, la vocación liberal de Gálvez tuvo su origen en la casa paterna y no fue alterada por los posteriores estudios seguidos en San Carlos, donde su hermano Pedró —discípulo predilecto de Bartolomé Herrera— llegaría más tarde a ser profesor. Ambos hermanos participaron en la revolución liberal de 1854, imprimiendo el “sello idealista” y “encauzando” la voluntad de Ramón Castilla (pp. 177-178). De allí que, como sostiene Leguía, la batalla de “La Palma” fuera el equivalente de la de Ayacucho para el esclavo negro.

Creando en el progreso por medio de la educación —enseñanza de Herrera— Gálvez llevó a cabo una reforma en los estudios superiores al asumir, en 1852, la dirección del colegio de Nuestra Señora de Guadalupe. Allí, al igual que en San Carlos en la época de Herrera, se dio singular importancia al estudio del derecho constitucional y a un nuevo enfoque de éste: la soberanía popular. Guadalupe destacó en esos años por su espíritu laicista y republicano. Desde sus aulas se defendió la libertad del esclavo, parte de una campaña de mayor envergadura a nivel continental; ya que como acertadamente señala Leguía, no era casual la publicación por ese entonces, de *La*

Cabaña del Tío Tom en *El Comercio*, a manera de folletón. En 1855 se encargó a Gálvez la dirección de San Carlos, realizando poco después una reforma en los estudios y llamando como profesores a hombres de la talla de Mateo Paz-Soldán y Antonio Raimondi. Creía Leguía que no era justo encasillar a José Gálvez en el amplio término de anticlerical. En su opinión, éste era liberal en todo lo que significara verdadero progreso institucional. Las reformas que propuso para la iglesia peruana, eran de carácter democrático y económico, lo que no anulaba la autoridad religiosa de ésta ni la religiosidad de aquél.

En el tercer y último volumen, *Hombres e ideas en el Perú*, encontramos la contraparte cultural del movimiento liberal peruano, desarrollada en los ensayos “Ricardo Palma” y “La Bohemia de Palma”. Vimos anteriormente cómo la Bohemia se nutrió del movimiento romántico europeo. Precisa Leguía que la vitalidad de la Bohemia estuvo determinada por la práctica liberal de sus miembros. Especial influencia tuvo, cuando menos en Palma, José Gálvez. “Ricardo Palma” es un ensayo que trasciende la época de la polémica liberal-conservadora, ya que Leguía nos muestra también lo que significó Palma en la etapa de la reconstrucción nacional, en lo que se refiere a la madurez y riqueza de su obra. Igualmente ofrece una sugerente reflexión sobre el género de la tradición como fenómeno de la época.

Hombres e ideas en el Perú, reúne principalmente los trabajos de Leguía dedicados a las figuras políticas del siglo XIX, vale decir los gobernantes, valiéndose de ellos para acercarse a la anarquía como fenómeno. En realidad, ya en *Estudios históricos* había adelantado el tema, en los esbozos sobre Salaverry, Castilla y Vivanco. Para Leguía, los tres caudillos, aun cuando inmersos en la anarquía y la lucha militar, habían intentado oponerse a los efectos negativos del desgobierno. Salaverry, según el autor, distaba mucho de parecerse a Gamarra o a Gutiérrez de la Fuente. Su ambición de poder obedeció a la “sed de mando”, propia de un hombre con “conciencia de su superioridad” sobre sus rivales (p. 200). Hubiera llegado a ser un “gran tirano”, de no haber tenido que luchar contra su propia personalidad, que presentaba rasgos de la “patología psiquiátrica” (pp. 200-201). Lástima que, en este caso, Leguía no fuera más preciso en su afirmación sobre Salaverry.

Como Salaverry, Vivanco era un patriota sincero, al mismo tiempo que un “conspirador por temperamento” (p. 207) al cual, sin embargo, la vida disciplinó, y ya en la edad madura llegó a destacar como colaborador de otros gobiernos. Asimismo, al crear el primer partido conservador, Vivanco institucionalizó las ideas con las que pretendiera sostener el breve Directorio. Más

realista nos presenta el autor a Castilla. Señala Leguía que Castilla tuvo el necesario “sentido de la oportunidad política” para constituir gobierno en el Perú dos veces (p. 204); en la segunda de las cuales Castilla obtuvo el apoyo de los liberales, siendo el mariscal partidario de un gobierno fuerte. Tenía Castilla otro punto a su favor, y fue el haber conseguido llegar al pueblo. Son interesantes y sugerentes los matices que descubre el autor en la relación de Castilla con los liberales.

La figura de Ramón Castilla es retomada en “Anarquía, Castilla, Pardo, Piérola”, esta vez teniendo en cuenta el sesgo autoritario y conservador que tomó el segundo gobierno y que tuvo como consecuencia el destierro de José Gálvez. En nuestra opinión, pudo bien ser el adelanto de otro mayor. Hay muchos elementos que merecieron mayor desarrollo por parte del autor. No sólo el enfrentamiento entre Castilla y los liberales, sino sobre todo la figura de José Pardo y el rol del Partido Civil. Para Leguía, la aparición de esta agrupación política, no significó el final de la etapa de los caudillos, por cuanto presentó rasgos de “facción” en su estructura (p. 75); aunque constituyó al mismo tiempo, un “elemento de orden y progreso” (p. 77). Hay pues un evidente vacío en el tratamiento del tema. La personalidad de Piérola, no así la época, sí es objeto de mayor análisis.

“Cáceres”, es uno de los ensayos más completos del volumen. Si bien el héroe de la Breña, presentaba las características del caudillo, su arraigo estuvo lejos de ser exclusivo a una facción o clientela. Cáceres encarnó el sentir nacional en los años de la guerra, y su transformación de militar patriota en líder nacional queda clara en la narración, concluye el trabajo con una muy completa bibliografía crítica sobre Cáceres y la guerra con Chile. Para la misma época, pero desde la perspectiva de la conciencia nacional, tenemos el ensayo dedicado a Manuel González Prada. El “refractario”, “regenerador”, “desorientado” y al mismo tiempo, “sembrador de ideales”, reflejaba para el autor el ansia por un verdadero proyecto nacional. Es de los análisis más logrados en cuanto a personalidad y pensamiento. Finalmente, hay dos pequeños trabajos sobre dos figuras civiles del siglo pasado: José Antonio Barrenechea y José Gregorio Paz-Soldán, aunque es este último quien recibe mayor atención, merced a su destacada labor como ministro de Relaciones Exteriores del Perú en tres oportunidades.

Concluye el volumen con un discurso pronunciado en San Marcos en 1931 y una evaluación crítica del avance de la historiografía en el período que va de 1904 a 1929, ambos temas estrechamente vinculados entre sí. Veamos

por qué. En el discurso sobre la historia de San Marcos, Leguía se quejaba del rechazo generalizado hacia el estudio del pasado lo que, en su opinión, era la causa del propio desconocimiento e incomprensión de la realidad; peor aun, encontrando tal actitud en los jóvenes. Hacía por ello, un llamado al estudio de nuestra historia, premisa para cumplir con los ideales, anuncio de una nueva realidad. Enfatizaba Leguía el vínculo entre presente y pasado, porque era precisamente de San Marcos —la más antigua de nuestras universidades— de donde provenían aquellos que, por ese entonces, habían revitalizado la crítica histórica y ampliado el horizonte del conocimiento en este campo, como señala en “Veinticinco años de labor histórica”. Distinguíanse Riva-Agüero, Belaunde, Wiesse —a quien dedica en este volumen un homenaje— junto a Basadre y Porras, entre los más jóvenes de aquel entonces. Todos ellos unidos a investigadores y estudiosos como Carlos A. Romero —cuya bio-bibliografía elaborada por Leguía se inserta también en este volumen—, Horacio Urteaga, Luis Valcárcel, Max Uhle y Julio C. Tello, quienes habían contribuido en hacer del “ideal” del nacionalismo en los estudios históricos, una “pasión” y un “hábito”, como pedía Leguía (p. 169).

Algunas veces contradictorio, otras incluso “panfletario” —como señalara Jorge Basadre en la introducción a *Estudios Históricos*— Jorge Guillermo Leguía vivió y trabajó haciendo de ese ideal, un hábito. Podemos, a partir de la lectura de sus estudios históricos, cumplir con otro ideal de Leguía, cual fue conocernos un poco más nosotros mismos; al conocer nuestra historia.

Carlos Gálvez